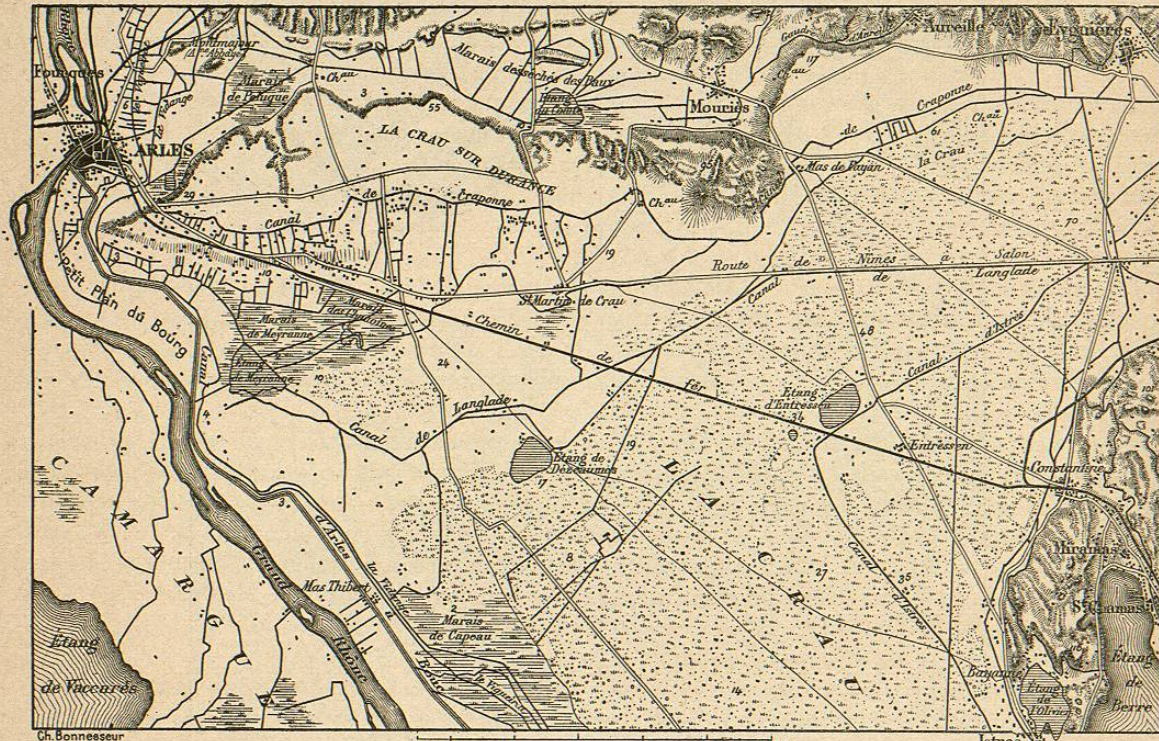


en cuanto al pasado, una fuerza de transporte superior á la de los ríos actuales y que, sin embargo, se prosigue casi por las mismas salidas para reconstruir y edificar conforme al mismo plan de la naturaleza.

El Durance, obrero infatigable que ya en una edad anterior había edificado la enorme meseta de restos que se alza alrededor de Riez y de Valensolle (1), descargó al final de los tiempos pliocenos por el boquete de Lamanón enormes cantidades de cuarcitas que forman un

una terraza guijarrosa sembrada de cuarcitas alpinas que no desaparecen hasta las inmediaciones de Cette. Allí estuvo primitivamente la principal descarga del Ródano; en la actualidad, el brazo principal de este río se dirige hacia el Sudeste, acaso bajo la presión del mistral. El delta se construye poco á poco á costa del mar: en sus comienzos no es más que una serie de montículos de fango, de *theys*, incesantemente movibles, que al principio sólo aparecen para desaparecer luego, necesitan-



LA LLANURA PROVENZAL (CRAU Y CAMARGUE)

El talud de guijarros pliocenos ha encontrado su límite en el dique de aluviones recientes que el Ródano ha construido lateralmente en sus orillas; varios pantanos, no todos desecados, siguen esta línea de contacto. Arlés encontró modo de establecerse en la colina, entre los pantanos y el río, siendo por regla general las puntas de rocas calizas que asoman á la superficie las que han dado asilo á las ciudades, castillos ó abadías y han concentrado la vida histórica. Los *mas*, diseminados en la Crau y en la Comargue, indican una población, todavía en sus comienzos, pero ya en vías de conquista.

talud de una pendiente insensible á la vista, pero que en realidad decrece rápidamente de Nordeste á Sudoeste. Este talud es la *Crau*, desierto de piedras salpicado de hierbas, pasturaje de invierno de los carneros que en verano se encuentran hasta en Saboya; el mistral azota con violencia estos espacios descubiertos en donde acá y allá brillan algunos estanques y surgen, á lo largo de los canalizos de riego, algunos árboles que parecen flotar en el aire. El provenzal de Tolón ó de Frejus tiritá de frío en invierno en esas llanuras barridas por los vientos.

El Ródano, al que hemos dejado en el desfiladero de Donzere en el momento en que por última vez lo oprimen las montañas, corre desde allí por país llano, y su corriente, amortiguada su velocidad á partir de Orange, deja caer todos los materiales ligeros que tenía en suspensión y que forman las islas que anuncian su delta. Desde Beaucaire á Saint-Gilles se extiende á una altura de sesenta metros sobre la actual llanura de aluviones,

(1) Véase el mapa de la pág. CXLVII.

dose mucho tiempo para que se consoliden y se suelden entre sí. Cuando esto sucede, empieza una vegetación rastrera de salicoides de tejido córneo y graso, que al juntarse dan á esta región—la *sansouire*—el aspecto de pasturaje de color de las heces del vino. ¡Débil punto de apoyo, en apariencia, contra las tormentas del viento y las marejadas del Sudeste! Y sin embargo, las arenas se detienen y se consolidan entre estos matorrales y humedecidas por el agua del cielo crían arbustos. La duna, completamente desalada por las lluvias, se cubre al fin de pinos á cuyo abrigo crecen enebros y otra porción de plantas; y si á expensas del río se han construido canales de riego, *roubines*, el *mas* se alza bajo los eucaliptos, entre grandes grupos de árboles y rodeado de viñedos, signo actual de la reivindicación de este dominio substraído al mar por el hombre.

De este modo seguimos paso á paso la conquista de la vida y nos remontamos del presente al pasado. En este clima seco el enemigo es la sal cuyas eflorescencias están siempre prontas á subir á la superficie; pero las reservas de agua dulce son abundantes, habiendo podi-

do colmatearse, gracias á ello, los estanques y los pantanos que en el siglo XIII rodeaban Arlés,

ove 'l Rodano stagna (1).

Los *palus*, los *graves* y los *segonnaux* han sido transformados en praderas y plantaciones y en todas estas partes vivificadas se difunde y multiplica el *mas*, á menudo exiguo, en general mal construido, pero alegre bajo los plátanos que le dan sombra, entre fosos de agua viva y detrás de las empalizadas de cipreses y de cañas que le abrigan. Las ciudades, con sus viejas torres cuadradas, se extienden al pie de las montañas ó en las antiguas terrazas, ó en los peñascos aislados adonde no llegan las avenidas fluviales; el *mas*, más atrevido, se aventura y comienza á pulular por el llano y es la forma invasora de vida rural de estas regiones.

En Provenza se combina, por consiguiente, una vida original, adaptada muy estrechamente y desde muy antiguo al suelo, que participa de la montaña, del mar y de la estepa y que bajo todos conceptos se halla íntimamente enlazada con la naturaleza de los lugares. La roca caliza da á la comarca el aspecto monumental tan sorprendente, sobre todo entre Aviñón y Arlés, y los campanarios de la primera de estas poblaciones se agrupan en torno del peñasco en donde nació la ciudad. De las canteras de los Alpinos ó de los eslabones vecinos han salido multitud de edificios arruinados ó todavía en pie, anfiteatros, arcos de triunfo, acueductos, y no hay á orillas del Ródano ninguna roca que no tenga su torre maciza y rectangular amarilleada por el sol. Las grandes tradiciones romanas del arte arquitectónico, tan visibles en San Tróximo de Arlés ó en la fachada de San Gil, mantuvieronse naturalmente en esta región, en donde la desnudez de la roca se armoniza maravillosamente con la arquitectura: en el teatro de Orange, la peña y el edificio constituyen un solo cuerpo, y en Roquefavour, como en el Puente del Gard, los arcos de los acueductos parecen formar parte de los escarpes que los limitan; diríase que la roca misma, apenas manchada con algunos pinos, ha sido cincelada en arcadas y tallada en pilares.

Es difícil apreciar en qué concepto han podido influir en el temperamento y en el alma de los habitantes la claridad del cielo y la sequedad del aire, pues no está establecida todavía la base científica de estas relaciones; pero puede notarse un sistema particular de agrupación y de vida relacionado con el clima y con el suelo, sistema por virtud del cual fajas de población muy densa se extienden alrededor de mesetas áridas y grandes ciudades están casi inmediatamente rodeadas de regiones poco menos que desiertas. Entre estas partes tan distintas existe poca cohesión, presentando una variedad de ocupaciones que responde á la variedad de la región: pastores, pescadores, cesteros, marinos, agricultores de llanuras regadas son, por varios títulos, los personajes del suelo provenzal, personajes que la facilidad de costumbres aproxima, bajo un cielo que permite la vida al aire libre. En vano se buscaría en la casa rural ese mobiliario y esos signos de opulencia

(1) Dante, *Infierno*, canto IX, verso 112.

doméstica que el hábito de trabajar la madera y de cultivar y tejer el lino han introducido en la mayoría de las campiñas de Francia; aquí, las cañas y los cuernos de animales son los materiales que se emplean para muchos instrumentos de uso corriente. La atracción de las ciudades es tanto más sensible cuanto más rudimentaria es la instalación rural; por esto la vida urbana está profundamente arraigada en las tradiciones de este país y sigue reinando, como en otro tiempo, por el atractivo de las diversiones y de los juegos que á menudo se celebran teniendo por escenario los mismos antiguos edificios. Y aun estamos tentados de creer que el espíritu de las muchedumbres ha variado menos todavía que el escenario: las supersticiones no han hecho más que cambiar de nombres y las pasiones de etiquetas, y en presencia de estas poblaciones nos sentimos ante un tipo de civilización establecido desde fecha demasiado remota y, por otra parte, demasiado cimentado por su conformidad con el medio en que vive para que sea susceptible de modificación. La repugnancia del provenzal á amoldarse á otros géneros de vida y la dificultad para el francés de otras regiones de aclimatarse en Provenza, demuestran todo lo que de real conserva todavía esta autonomía regional. Cierto que hoy en día la atracción de las grandes ciudades, la industria y la despoblación de las partes montañosas conspiran para modificar estos caracteres seculares; pero no se borrarán éstos tan pronto porque los contingentes nuevos se reclutan entre elementos vecinos, sacados también de orillas del Mediterráneo ó de las montañas.

CAPITULO II

LA LLANURA Y LOS PASAJES DEL LANGÜEDOC

Al ver la curva tan regular que á partir del Ródano describe el golfo de Lyon, diríase que se extinguen los numerosos accidentes que hemos visto desarrollarse entre los Alpes y la Cordillera central, y que sólo ha presidido en la formación de la llanura langüedociana la perezosa acción de los aluviones y de las flechas de arena en substitución de las fuerzas de plegamiento. Y sin embargo no es así, bastando fijarse en los relieves cortos y duros para hacerse cargo de la realidad de los hechos. La atrevida pirámide de Saint-Loup álzase al Norte de Montpellier; Certe tiene su montaña aislada, que se ofrece á nuestros ojos como una ballena varada en la playa, reapareciendo aquí las presentaciones superficiales de la caliza jurásica atraídas al litoral marsellés por el peñasco de Notre-Dame de la Garde; y más allá, un pilar de basalto, jalón extremo de una serie de manifestaciones volcánicas, forma el cabo de Agde. Entre Narbona y el mar se interponen las grises rocas de la Clape, pequeña cordillera aislada cuya altura no llega á 200 metros, pero que por su estructura revela ser un fragmento desprendido de una de las zonas pirenaicas; y hacia los confines del Langüedoc y del Rosellón, el núcleo primario de las Corbieres ha representado el papel de cordillera resistente ante la cual se han desviado los plegamientos terciarios. Los accidentes que han sido consecuencia de este conflicto encuentran su expresión más marcada en la silueta del Pico de Buga-

rach que corta de un modo extraño los eslabones rectilíneos del borde meridional de las Corbieres. Las capas están allí situadas en sentido contrario al orden normal de superposición, y este fenómeno, cuyos ejemplos son numerosos en Provenza, se manifiesta aquí por análogas sorpresas. Cimas de apariencia alpina álzanse bruscamente sobre relieves de curso continuo y mediana altura y denuncian, en medio de regiones aparentemente poco trastornadas, una intensidad inesperada de los fenómenos de plegamiento.

Estas señales nos guían al través de apariencias contrarias. La plataforma que con el nombre de golfo de Lyon cubre una transgresión marina de escasa profundidad, no interrumpe en realidad las relaciones de estructura entre las cordilleras provenzales y las pirenaicas. El Bajo Langüedoc está formado según el mismo plano que la Baja Provenza; su historia geológica pertenece en parte á la del valle del Ródano, y como en éste, el lecho de los actuales ríos, Vidourle, Herault y Orb, ha sido abierto por abarrancamiento en las molasas miocenas.

Estos valles, por una nueva analogía, fueron invadidos por el mar plioceno, y finalmente enormes arrastres de cantos rodados han señalado igualmente el fin de la era pliocena y el comienzo de la actual. Estas vicisitudes geológicas se leen en la naturaleza y en el aspecto de los terrenos: así como las mesetas calizas de edad jurásica sólo presentan superficies desiertas en donde impera la *garigue* (erial), á las calizas marinas de edad miocena debe la región las piedras blandas y que se endurecen al aire, que alegran con sus cinceladuras las fachadas de Montpellier, y á las margas de la misma edad son debidas las tierras fuertes en donde crecen los mejores viñedos. En la *Coustiere*, talud que se extiende al borde de las antiguas terrazas fluviales, encontramos en medio de las viñas las antiguas ciudades.

En otro tiempo el Langüedoc tenía también esas escotaduras del litoral que hoy envidia á la Provenza; pero las playas se ciegan y si aquél ha conservado algo de las pronunciadas eminencias de relieve de ésta, en cambio ha perdido las articulaciones costeras que completaban la semejanza. El trabajo del mar y de las aguas interiores está en vías de regularizar los perfiles, de colmar las lagunas, de prolongar las flechas de arena, y los islotes montañosos han sido conglobados por los progresos de las riberas; esto no obstante, todavía podemos figurarnos sin gran esfuerzo el aspecto que estas costas debieron ofrecer á los fenicios y á los griegos. Narbona no dejó de ser puerto hasta después del siglo XIV, y la actividad de las pesquerías alrededor de Certe y en los estanques de Than y de Sijeau es una supervivencia de la antigua vida litoral. Entre las causas precoces de agrupación de los hombres es preciso contar la abundancia y las facilidades de alimentación que proporcionan esos depósitos naturales de peces y de «frutos» de mar. El litoral italiano, desde Tarento hasta Aquilea, abunda en ejemplos de esta vida de pesca que persiste, al través de los siglos, en los estanques ó lagunas; una vida análoga se desarrolló en la serie de lagunas que se extiende al borde del golfo de Lyon desde el Ródano hasta los Pirineos, y aunque con el tiempo ha ido disminuyendo, se ha conservado cuando todo cambiaba en torno suyo.

El contacto del Mediterráneo no basta, sin embargo, para explicar el papel de la ciudad arzobispal de Narbona; en ella entrecruzánse además algunas relaciones terrestres, de las cuales unas proceden de los Pirineos, casi borrados en el Pertús, y atraviesan, para desembocar en el Langüedoc, el estrecho pasaje entre las Corbieres y el mar, especie de Termópilas sobre las que vigilaba el castillo de Salses, y las otras vienen del Garona y de la Aquitania, siendo éstas las que prevalecen en la economía general de nuestro país. Narbona domina, en efecto, por esta vía una de las extremidades de lo que Estrabón llamaba el istmo galo.

Cuando se han atravesado las llanuras bajas sembradas de restos de estanques y hoy cubiertas de viñedos, que se extienden al Oeste de Narbona, se encuentra el verdadero límite de la zona mediterránea en el desfiladero comprendido entre las grises y desnudas cimas del monte Alaric y las colinas del Minervois. Desde entonces cambia la estructura como cambian el clima y la vegetación: al Norte, la Montaña Negra va desarrollando pesadamente cumbres de esquistos y de gneis, de laderas convexas y cortadas por algunos barrancos poblados de bosques; en cambio, al Sur se extiende una serie de eminencias de arcilla ó de asperón, despojos arrancados á los Pirineos cuyas aéreas siluetas se alzan en último término. Este marco encierra una larga llanura en la cual se reconoce fácilmente un tipo análogo á las depresiones que hemos encontrado entre los Alpes y los Cevenas, un surco producido por el contacto de una zona de plegamiento y de una cordillera de resistencia.

El Aude, que en Carcasona encuentra este surco, tuerce allí bruscamente hacia el Este y continúa estando limitado al Norte por la cortina de la Montaña Negra hasta Castelnaudary; pero en este punto desaparecen las cumbres que hasta entonces y en una extensión de 60 kilómetros se habían ofrecido á la vista y en Saint-Felix ábrese lateralmente una especie de boquete hacia el País albigense. El aspecto despejado de la topografía y sobre todo la existencia de una serie de terromonteros calizos y de almendrillas de cortes bien marcados, todo denuncia una acción poderosa de las aguas, cuyo origen sólo puede ser atribuído á la cordillera primaria de la Montaña Negra, en la época del despertamiento orogénico que reavivó su relieve, es decir, en la época terciaria.

Mas entre esas huellas innegables de denudación inútilmente se buscaría un río digno de la obra torrencial que el suelo indica. El aspecto actual de la hidrografía es para desconcertar á cualquiera. Diríase que ha habido un período durante el cual las aguas vacilaron acerca de la dirección que habían de seguir, y en efecto, al Este y al Oeste de Castelnaudary hay vestigios de estanques, capas de arena y gravas casi á flor de tierra que denotan una antigua estancación; sin embargo, la victoria definitiva fué para la vertiente oriental, siendo probable que la influencia del nivel de base del Mediterráneo, tan cercano, hiciera retroceder poco á poco hasta el punto actual la línea de separación de las aguas. Al pie de bloques de almendrillas, conocidos desde hace mucho tiempo con el nombre de Piedras de Naurouze, se encuentra actualmente, á 190 metros de altitud, el saetín de distribución adonde iba á parar el

canalizo en que Riquet había recogido las aguas de la Montaña Negra. Nada en el relieve indica un cambio, quedando todavía un intervalo de 800 metros entre las colinas que se alzan unas enfrente de otras. Al Norte no tardamos en ver una meseta de molasa que reemplaza á las colinas de calizas, y el pasadizo, momentáneamente interrumpido, se reconstituye hasta Tolosa.

Este pasadizo, en donde corren uno al lado de otro la vía romana y la carretera real, el canal y el ferrocarril, fué un pasaje de pueblos. Las relaciones entre el Bajo Langüedoc y las campiñas del Toulosain y del Albigeois no se concentraron sin duda estrictamente en este pasaje, sino que por Saint-Pons, Bedarieux y Le Vigan hubo siempre relaciones fundadas en la necesidad de los cambios entre la montaña y la llanura, relaciones pequeñas y de detalle, hijas de la proximidad de contrastes que en el Mediodía desempeñan un papel que es menester tener en cuenta; pero desde Narbona á Tolosa se extiende la gran vía histórica que siguieron los galos tectosagos, los romanos, los visigodos, los árabes, los cruzados de Simón de Montfort, los ingleses del Príncipe Negro y los de 1814. En las primeras cumbres de la Montaña Negra, en las colinas de Saint-Felix y en las eminencias que orlan la llanura, se distinguen desde lejos multitud de burgos ó pequeñas ciudades en otro tiempo fortificadas: son los testigos de las épocas de luchas, los sobrevivientes de una existencia que se extingue y cuyos focos cambian de lugar.

II

EL MEDIODÍA PIRENAICO

CAPÍTULO PRIMERO

LOS PIRINEOS

Esas dentelladas cimas pirenaicas que desde Carcasona á Orthez limitan, cuando la atmósfera está despejada, el horizonte, parecen, vistas desde lejos, una barrera sin solución de continuidad; pero si se penetra en sus repliegues, lo que parecía un muro se descompone en una serie de zonas que se suceden en disposición longitudinal. Entre el Canigó, que alimenta la vega rosellonense, y el Pico del Midi, de Ossau, última aparición de los granitos hacia el Oeste, desenvuélvese todo un mundo de cadenas calizas y marmóreas interrumpidas ó seguidas de fajas esquistas y graníticas; luego reaparecen las sierras calizas que se extienden en anchas mesetas cortadas por cañones; y por último, mucho más allá, hacia el Sur, preséntanse otras Sierras atravesadas por ríos que abriendo brecha en ellas señalan hacia la llanura del Ebro el fin de los Pirineos. Estos cubren en la parte central un espacio de 140 kilómetros por lo menos, de los que sólo una tercera parte corresponde á la vertiente francesa.

Únicamente en el extremo oriental penetra Francia más adentro, llegando allí hasta el mismo corazón del mundo pirenaico. La gran zona granítica ó zona central que se extiende desde la Cordillera de Carlitte hasta el Mediterráneo, está encerrada entre nuestros valles rosellonenses. Bruscamente cortados por los hundimien-

tos que han formado en su base una llanura baja, los Pirineos, que alcanzan su punto culminante en el Canigó (1), expiran en plena fuerza. Entre las dos regiones que las fracturas han ahondado, el Rosellón y el Ampurdán español, la barrera se reduce á la delgada pantalla de los Alberes, y hasta resulta alterada la misma continuidad de las cadenas, como sucede á menudo en las partes análogamente dislocadas de la Grecia oriental; así vemos que la carretera del Pertús atraviesa la frontera á una altitud sólo de 290 metros.

Bastan, sin embargo, algunas horas de remontar el angosto y resbaladizo valle por donde el Tet se insinúa en el corazón de la cordillera, para alcanzar en Montlouis una de esas grandes mesetas graníticas peculiares á las partes oriental y central de los Pirineos. Parece aquello un zócalo ancho y elevado sobre el cual se levantan, á derecha é izquierda, montañas que se alzan mil metros encima de él; no hay allí ya glaciares, pero las escotaduras semicirculares que cortan las cimas, la multiplicidad de receptáculos, de estanques y de pequeños lagos denuncian su antigua presencia. Estos glaciares han acumulado sobre la meseta granítica escarpas y arrastrado hasta ella aluviones que en parte la cubren y que enmiendan su esterilidad. En estos depósitos movedizos se han establecido cultivos cuya antigüedad se adivinaría, á falta de otras pruebas, con sólo observar cómo el bosque ha desaparecido casi por completo de estas alturas, en donde á trechos se ven oscuras fajas de pinos que indican los sitios de las vertientes en que aquél ha podido conservarse. Burgos formados por varios caseríos, algunos con antiguas fortificaciones, y una villa, Puigcerdá, construída en una escarpa cuyo pie lame el Segre, denotan la existencia de una especie de autonomía cantonal cuyas huellas no ha podido borrar del todo la frontera política. Y en efecto, mientras las invasiones árabes asolaban las llanuras del Ampurdán y del Rosellón, y mientras éstas servían durante dos siglos de campo de batalla entre los francos y los infieles, la Cerdaña se libraba de las devastaciones; y así como la población del llano, en la época de la reconquista, se renovó enteramente, allá arriba había un refugio en donde subsistió con sus costumbres, sus instituciones y sus relaciones propias. Estos antiguos usos no se han mantenido en toda su integridad, siendo raros los cantones que, como Andorra, han podido por casualidad conservar una autonomía política. De todos modos, las diferencias entre Cerdaña y Rosellón, entre la montaña y el llano, son todavía bastante marcadas para que se perciba el contraste que una diferencia de altitud de algo más de un millar de metros puede establecer entre los destinos históricos de países vecinos.

Estos cantones montañosos se agrupan principalmente en la zona en donde los altos valles confinan con los pasturajes. Hacia las fuentes del Garona y del Gave de Pau, como hacia las del Aude y del Ariège, se extienden anchos espacios, á los que en verano se encaminan carneros y pastores y que se llaman *pasquiers*, *pla*, *calms*, *estiba*, nombres cuya misma diversidad atestigüa el puesto importante que ocupan en la vida montañesa. Los pasturajes del Carlitte adonde iban todos los años, en el siglo XVIII, millares de carneros

(1) Canigó, 2.785 metros.